

## INTRODUCCIÓN

Desde hace un cuarto de siglo se está recuperando una tradición eclipsada, pero nunca del todo olvidada, la conciencia de que a lo largo de nuestra historia las cuevas y soledades habían sido, en muchas ocasiones, habitadas por «hombres de Dios»<sup>2</sup>. El hecho está documentado en casos como *San Millán de la Cogolla*, cuya vida nos habla claro al respecto y en otros como el monasterio de *San Martín de Albelda*, que nunca perdió la imagen rupestre todavía hoy bien visible en el lugar. El resto de los lugares con cuevas se había ido desdibujando hasta que lentamente han ido apareciendo primero la cueva del «*Patio de los Curas*» de *Arnedo* con epigrafía del siglo V, que sin vacilación posible ha sido identificada como iglesia, luego ya con la conciencia atenta, el monasterio rupestre de *San Miguel de Arnedo*; así como los complejos rupestres del *alto Ebro*<sup>3</sup>, los entornos del *Condado de Treviño* y otros puntos de las provincias vascas<sup>4</sup>. Los estudiosos se han dado cuenta de que *San Tirso de Arnedillo* es una ermita en una cueva, de tal suerte que ya cuando los indicios son claros, y lo son en muchos casos, no se discute que aquellas cuevas que cuentan con ellos hayan sido sedes de viviendas monásticas.

Pero ¿y las cuevas que no presentan ni texto ni toponimia que las avale? ¿Es suficiente con unas formas arquitectónicas usadas comúnmente en construcciones eclesiales, litúrgicas o monásticas, para dictaminar que estas cuevas han estado relacionadas directamente con la vida monacal? Desde luego si a ello se añade el estar situadas en un lugar en el que desde tiempo inmemorial se documenta la vida monacal, parece clara la respuesta: se puede presuponer que es razonable mirar estas cuevas como integradas en la tradición monástica y tratar de estudiarlas en profundidad.

A esta conclusión llegamos cuando iniciamos el estudio de las cuevas que hoy

---

<sup>2</sup> Podemos recordar las páginas en las que habla del tema el P. MATHEO DE ANGUIANO, *Compendio Historial de La Rioja*, 1704.

<sup>3</sup> MONREAL JIMENO, L., *Eremitorios Rupestres Altomedievales (El alto valle del Ebro)*, Universidad de Deusto, Bilbao, 1989.

<sup>4</sup> AZKÁRATE GARAI-OLAUN, A., *Arqueología de época visigótica en las provincias de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa*, Diputación Provincial, Vitoria, 1988.

vuelven a ocuparnos, con ocasión del homenaje al profesor González Blanco<sup>5</sup>. Con él hemos compartido experiencias y discusiones abundantes y fecundas. Aquel intento nos abrió el camino y por el mismo intentamos avanzar. Eran muchas las reflexiones que entonces no expusimos, abundantes los detalles que no consideramos y bastantes los horizontes que no dibujamos. Por todo lo cual volvemos al trabajo, con redoblado interés, tras nuevas y más documentadas prospecciones.

El estudio del lugar basado en los documentos es más bien pobre: El *Diccionario de Historia de la Iglesia de España*<sup>6</sup>, al referirse al monasterio de *Herrera*, de la provincia de *Burgos* (hay otro del mismo nombre y también de origen cisterciense en *Herrera de Pisuerga, Palencia*) nos dice que está situado entre *Miranda de Ebro y Haro*, cerca del despoblado de *San Felices* y del pueblo de *Villalba de Rioja*. No hace mención a las cuevas, pero define bien el entorno.

Eliseo Sáinz Ripa en la obra *Sedes episcopales de la Rioja* escribe: «En la primavera de 1176 un grupo de monjes cistercienses presididos por el abad Guillermo, salían de los términos de *Sajazarra*, localidad de la *Rioja Alta*, camino de un vallecillo al pie del cerro de *Bilibio* donde vivió su penitencia el confesor Felices. El valle, rodeado de pinos y hayas (pocas) abunda en aguas que riegan una hondonada de tierras abrigadas del viento. Surge un rico hontanar (la fuente del convento) y las abejas podrían henchir de miel y cera las colmenas de los monjes»<sup>7</sup>. Este autor también ignora las cuevas, lo mismo que la mayoría de cuantos han escrito sobre *Herrera*, y subraya la proximidad del monasterio con *Bilibio*.

Tiene, pues, cierta consistencia la relación estrecha entre *Herrera* y *Bilibio*, en la historiografía y en la realidad como veremos después. Y tal hermandad no es sólo geográfica, también parece haber sido histórica y remontarse a la época romana y tardoantigua, ya que hay una calzada romana que los une. Su relación nos hace recordar los tiempos del eremitismo riojano, la época de San Felices y San Millán, que vieron con horror la sacudida del Imperio Romano y las invasiones bárbaras. Pero hay más factores de unidad que el meramente religioso, a pesar de que éste haya podido ser la motivación más importante y duradera. Han jugado también factores económicos, como es la extracción del hierro y de la sal seguramente descubiertos ya antes de los romanos y beneficiados por éstos desde su asentamiento en el *Castro de Bilibio*.

---

<sup>5</sup> ALONSO MARTÍNEZ, I., OLARTE, Juan B., LÓPEZ DE SILANES VALGAÑÓN, J. I. y GARCÍA CUBILLAS, J. L., «Las cuevas de Herrera / San Felices, ¿un eremitorio cristiano?», en *Antig. Crist.* XXIII, 2006, pp. 685-712.

<sup>6</sup> ALDEA, Q., MARÍN, T., *Diccionario de Historia de la Iglesia de España*, 5 vols., Instituto Enrique Flórez del C.S.I.C., tomo III, Madrid, 1973, pp. 1.574-1.575.

<sup>7</sup> SÁINZ RIPA, E., *Sedes episcopales de la Rioja. Siglos IV-XIV*, Logroño, 1994, pp. 512-514.

Con seguridad los cistercienses combinaron ambas. Los habitantes de las cuevas y posteriormente los bernardos disfrutaron de la soledad protegida por los montes *Obarenes*, pero no demasiado lejos de las vías de comunicación. Espiritualidad, pero enraizada en el mundo real.

Además de la calzada que pasaba tan cerca de *Bilibio* contaban con la salida al *Ebro*, que podían cruzar por los antiguos vados (*Ircio*, *Abecha* y *Revenga*) o mediante embarcaciones para llegar al gran valle por donde se movieron y se mueven las gentes por tierras y vías más amplias.

Cuevas y monasterio estaban en el límite oriental de lo que fue el reino asturleonés-castellano. Zona de conflicto permanente con un rincón de seguridad frente a invasiones y persecuciones. Frontera con los sarracenos hasta el año 923 y con navarros hasta la primera mitad del siglo XIII. Los castillos de *Bilibio*, *Jembres* y *Celorigo* protegieron *Herrera* y su entorno. Hoy sigue siendo zona de encuentro entre las comunidades vasca, riojana y castellano-leonesa.

El complejo de cuevas artificiales está dividido en dos partes y seriamente dañado por el camino que viene de *Miranda*. La cueva de arriba está muy bien conservada, salvo la entrada, y la de abajo semiderruida. Con todo se puede ver que fueron muchos sus moradores. Creemos, como punto de partida, que fueron utilizadas, al menos las de arriba, con fines de culto.

El topónimo *Gobera*, central en este trabajo, es pariente de *Valdegovia* y las *Gobas*, en *Álava Occidental* y *Condado de Treviño*, respectivamente, todos ellos muy próximos entre sí. Quedan relativamente cerca las cuevas de *Tartales de Cillas* y *Cillaperlata* y otras muchas, al norte de la provincia de Burgos. Las cuevas alavesas y burgalesas son muy similares, comparten su propensión rectangular en planta y vanos. La ausencia de columnas se debe probablemente a su reducido espacio. Se las suele datar en época visigótica<sup>8</sup>. Las cuevas de *Herrera*, junto al monasterio, son radicalmente distintas, mucho más grandes y con múltiples columnas y arcos de medio punto. La de arriba tiene un cierto aire basilical y laberíntico, con arquitectura inspirada en construcciones externas y en la liturgia de la época que trataremos de analizar. Hace recordar tiempos antiguos así como también medievales.

Estamos en un punto geográfico en el que lo religioso rupestre ofrece un contexto que invita a asomarse a él y la luz que revierte da nuevo interés a las cuevas sobre las que volvemos. Es indudable que la constelación sólo se entiende en conjunto y cada pieza suelta sólo en el conjunto alcanza su completa significación.

---

<sup>8</sup> AZCÁRATE GARI-OLAUN, A., *Arqueología de época visigótica en las provincias de Álava, Vizcaya y Guipúzcoa*, Diputación Provincial, Vitoria, 1988.

En concreto la historia de este rincón burgalés y riojano, de esta zona que el *Ebro* abraza, sorteando los montes *Obarenes*, en su recorrido desde *Miranda* hasta *Haro*, desaparece en la consideración general de la historia de España por no haber acaecido aquí sucesos de relevancia grande, pero de pronto y desde la perspectiva que emprendemos toda la zona adquiere una importancia señera, porque se integra en una historia rica en contenido que abarca todo el período de los siglos IV al X. Entendemos que el brillo de *San Millán de la Cogolla* originado en humildes cuevas como las de *Herrera*, no es puramente puntual, sino que forma parte de una constelación que se sitúa en todo el valle alto-medio del Ebro, cuyo acontecer hay que leer de otro modo a como se había hecho hasta ahora.

El monacato, cuyos testimonios y restos arqueológicos estamos poniendo de relieve es indisoluble del nacimiento del condado de Castilla, lo es igualmente de todo el período de dominio islámico en la zona y de todos los avatares de la reconquista y mucho más de la llamada «repoblación»; es decir, de toda la organización posterior del territorio y ¿cómo no? del surgimiento del feudalismo. En una palabra, los orígenes de la Europa histórica ya desgajada de la antigua historia de Roma, y marcada por las experiencias de los siglos «oscuros» no son inteligibles sin la consideración del tema que aquí afrontamos. Esta es su grandeza y este es su interés.

No podemos dejar de lado que a partir de este libro todo el culto local a San Felices se coloca en un contexto histórico muy nuevo y que su reelaboración es algo que habría que considerar. Lo mismo podría decirse de la ermita de *San Juan del Monte*.

Para concluir diremos que poco o nada hubiésemos avanzado en el estudio de las cuevas sin un análisis minucioso de su entorno y de su geografía histórica. La observación pormenorizada de los lugares nos ha permitido extraer humildes conclusiones que recuperan una historia llena de espiritualidad monacal tardoantigua y altomedieval. Hemos seguido el método eterno e inevitable de tratar de leer en la tierra la historia escrita en ella apoyándonos en el escenario y en las huellas que el acontecer ha dejado sobre el mismo. Empezamos por las cuevas, pero con este trabajo minucioso los horizontes se han ampliado mucho.